

VOCES EN EL MAR, RAÍCES EN LA TIERRA

Cuando Mamadjan Bah abrió los ojos, la negrura de la noche lo envolvía todo. Lo único que podía recordar era a sus parientes acercándose y tocándole el hombro mientras le repetían una y otra vez que debía ser fuerte, que ahora él era el hombre de la casa. El sustento de la familia recaía en sus jóvenes espaldas. Fue la primera vez que perdió la voz.

Así empezó para él un largo viaje que le alejaba del mundo para él amado y conocido y de los ecos de su aldea. Ya nunca escucharía las canciones de su abuela, mientras le acariciaba el pelo, ni las historias de los viejos junto al fuego. A cada paso que daba iba perdiendo trozos de su voz, se iba desgarrando su ser, se separaba de su pasado y de su cultura.

Durante el camino, no solo perdió su identidad, sino también las fuerzas y las ganas de vivir. Cada día era más duro que el anterior. Trabajaba cuando podía y donde podía, dormía y comía cuando podía y donde podía. Vivía oculto, como un fantasma, entre el miedo y la agonía. Empezó a desdibujarse a medida que se alejaba de su patria. Cada kilómetro que le acercaba a Europa le desdibujaba aún más. Hasta no ser nada. Hasta no ser nadie.

Por el camino también encontró compañeros de fatigas. Algunos lo acompañaron en la tristeza y otros lo traicionaron. La vida se volvía cada vez más dura cuando cruzó la frontera de Mali. Pensaba que nada podía ser peor, pero Dios nos pone a prueba constantemente y, cuando llegó a Argelia, fue descubierto por las mafias que trafican con seres humanos y con sueños, pero este episodio merece otra historia.

Al final, Mamadjan consiguió llegar a Marruecos. El final del camino se acercaba, pero había que trabajar duro, porque se necesita mucho dinero y mucho valor para enfrentarse al mar. Cambió de país, cambió de vida, de sentimientos, pasó por muchas aventuras, fue perdiéndose por el camino, pero al mismo tiempo algo nuevo iba creciendo dentro de él. Su cuerpo se había encogido, pero su alma empezaba a vibrar con fuerza. Debía crecer de prisa y debía hacerlo por amor a su familia.

Cada noche, después de las duras jornadas de trabajo, se sentaba frente al mar. Veía el horizonte y lloraba. Quería y debía cruzar, pero tenía miedo. Y los hombres no deben tener miedo. Algo se rompía dentro de él.

Por fin, consiguió el dinero y las fuerzas. Consiguió sitio en una patera y se lanzó al mar. Próximo destino: España. Ahora solo quedaba rezar y ponerse en manos de Dios. Empezaba el juego entre la vida y la muerte: cruzar el mar.

En medio del mar no se veía nada, solo una aterradora inmensidad lo envolvía todo. Solo se escuchaba un sonoro silencio, cargado de las miles de voces de aquellos que ya no estaban, de aquellos que se perdieron buscando una vida mejor. De aquellos que solo buscaban paz y bienestar.

Después de un viaje doloroso que le dejó apenas sin voz, puso por primera vez los pies en su nueva patria. Estaba vivo. Tuvo suerte. Muchos otros no lo contaron, pero... ¿Quién era él en medio de tantas cosas nuevas? ¿Dónde quedaban su lengua y su identidad? Ni siquiera podía hablar, así que empezó a estudiar para sentar las bases de su nueva vida. Necesitaba una nueva voz, una nueva lengua si quería quedarse aquí, pero esta nueva voz era tan diferente de los sonidos de su infancia...

Comenzó a recibir clases de español y, aunque a veces no tenía fuerzas, se obligaba a estudiar porque sabía que era muy importante. Sin palabras, no somos nadie. Y él no había llegado tan lejos para desaparecer sin hacer ruido.

Necesitó tiempo y mucha fuerza para superar sus historias de sufrimiento y su pasado y para aceptarse en su nueva piel aún necesito más fuerzas. Todo era extraño y diferente.

Pero el tiempo pone todo en su lugar y, un día, ya no se sintió tan diferente. Empezó a entender su nuevo hogar, a comprender que nadie puede quedar atrás a causa del color de su piel y que las etiquetas no nos definen: inmigrante, refugiado, negro... Son solo palabras que nos definen, pero no nos deben limitar. Y así, superando barreras y discriminaciones fue dejando salir una nueva voz, más fuerte y más potente. Una voz que usó para reclamar su lugar en el mundo, para exigir sus derechos.

Las dificultades no terminaron aquí. A lo largo de la vida, tuvo que superar muchos obstáculos. Tuvo momentos dulces y amargos. Intentó olvidarse de sus raíces, pero estas siempre volvían a enredarlo cada vez más firmes y fuertes. Su voz, su auténtica voz, reclamaba una vida.

Después de un tiempo, se casó y formó una nueva familia. Una nueva identidad a la que aferrarse, mezcla del mundo antiguo y del nuevo, porque somos el eco de nuestros antepasados y somos semilla de futuro, porque nuestros pies han cruzado caminos, montañas y mares y ahora por fin descansan en el hogar creado con tanta sangre, sudor y esfuerzo.

Al final, como se decía en mi casa, tener la luz, la alegría, la fortaleza y la esperanza es tener un lugar a donde ir, alguien a quien amar, es tener una familia. No importa que tierra pisen nuestros pies, siempre que seamos íntegros con nosotros mismos y con nuestra historia. Conseguir

aprender esto a tiempo, es una bendición y, solo se aprende, al dejarlo todo atrás y empezar de nuevo. Al crear nuevos mundos, llenos de paz y de comprensión, donde poder convivir juntos.